



**ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ**  
**DIACONADO PERMANENTE**  
**RETIRO ESPIRITUAL 2017**  
**CASA DE RETIROS PINARES – BOGOTÁ**  
**OCTUBRE 14 - 15**



**TEMA:** *Mi diaconía, un paso del “Memorial” de Dios en mi vida.*

**PREDICADOR:** Héctor Arbeláez Arenas. Pbro.

Tomado del libro "El diaconado en el pensamiento del Papa Francisco. Una Iglesia pobre y para los pobres", Enzo Petrolino Diacono.

En este libro el autor resalta el pensamiento del Papa Francisco y destaca varias características propias del Diaconado Permanente. Tomemos el Prólogo, escrito por el Papa Francisco y veamos algunas características:

**Prólogo del Papa Francisco**

En estas últimas décadas, la Iglesia ha vivido un extraordinario crecimiento espiritual y pastoral, debido a la recepción en profundidad de los documentos del Concilio Vaticano II. Han sido publicados muchos documentos pontificales – a partir del Beato Pablo VI, San Juan Pablo II, hasta el Papa Benedicto XVI – los cuales explicaron el Concilio en más detalles. En este contexto, el diaconado permanente ha recuperado las raíces de su presencia en la comunidad de los creyentes y también en el tejido social más amplio, adquiriendo por un lado la conciencia de su papel de servicio a Cristo y a las personas y recibiendo, por otro lado, un nuevo ímpetu mediante las orientaciones proporcionadas por el Magisterio durante estos años a la reflexión eclesial común.

Por la presente quisiera darle las gracias al autor Enzo Petrolino, Presidente de la Comunidad del Diaconado en Italia, quien quiso recabar, con vistas al Jubileo de los Diáconos que se celebrará el próximo 29 de mayo en el marco del Año Santo, mis textos relativos al diaconado, tanto aquellos del periodo de mi misterio episcopal en Buenos Aires, como los más recientes que he publicado como Obispo de Roma.

Es interesante y necesario analizar hoy en profundidad el desarrollo del diaconado permanente, desde su renovación hasta el presente – para comprender mejor su camino, mediante una interpretación que utilice toda la riqueza doctrinal, pastoral y exhortativa que ha caracterizado los discursos y las varias declaraciones dirigidas por los Pontífices, en varias ocasiones, a los diáconos del mundo entero, en estos años post-conciliares.

La Iglesia encuentra en el diaconado permanente la expresión y, al mismo tiempo, el impulso vital para que se convierta ella misma en señal visible de la diaconía de Cristo Siervo en la historia de los hombres. La sensibilidad hacia la formación de una conciencia diaconal puede ser incluso considerada el motivo fundamental que debe permear a las comunidades cristianas.

El servicio del ministerio diaconal encuentra su identidad en el acto de evangelizar, como lo decía Juan Pablo II en una homilía del año 1979, dirigida a un grupo de nuevos diáconos y haciendo memoria de la fórmula de entrega del libro de los Evangelios durante la ordenación: "Recibe el Evangelio de Cristo, del que ahora eres heraldo. Cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñas". De modo que estáis llamados a llevar las palabras de los Hechos de los Apóstoles en el corazón. En vuestra calidad de diáconos habéis llegado a quedar asociados con Pedro y Juan y todos los Apóstoles. Ayudáis en el ministerio apostólico y participáis en su proclamación. Como los Apóstoles, también vosotros os debéis sentir impulsados a proclamar la resurrección del Señor Jesús de palabra y con obras. También vosotros debéis experimentar la urgencia de hacer el bien, de rendir servicio en el nombre de Jesús crucificado y resucitado, de llevar la Palabra de Dios a la vida de su pueblo santo.

Por lo tanto, como escribía en la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, ¡es bueno que sacerdotes, diáconos y laicos se reúnan periódicamente para encontrar juntos los recursos que hacen más atractiva la predicación!

Otro aspecto importante es el de la oración por las vocaciones. Todos los fieles deben asumir sus responsabilidades relativas al cuidado y al discernimiento de las vocaciones, incluso en lo que se refiere al ministerio diaconal. Cuando los apóstoles buscaban a uno que asumiese el lugar de Judas Iscariote, Pedro

congrego a ciento veinte hermanos (cf. Hch. 1,15); y para la vocación de los siete diáconos, se convocó al grupo de los discípulos (cf. Hch. 6,2). Hoy también, la comunidad cristiana está siempre presente en el brote de las vocaciones, en su formación y en su perseverancia (cf. EG 107).

Además, toda la diaconía de Iglesia – de la cual la ministerial es señal e instrumento – tiene su corazón pulsante en el Misterio Eucarístico y se realiza, en primer lugar, en el servicio a los pobres que llevan en sí mismos el rostro de Cristo sufriente. El diácono Lorenzo, que era el ecónomo de la Diócesis de Roma, cuando el emperador le pidió que le trajera las riquezas de la diócesis para pagar algo y salvarse la vida – muestra a los pobres. Los pobres son la riqueza de la Iglesia. Si tienes un banco tuyo, si eres propietario de un banco, pero tu corazón es pobre, no está apegado al dinero, será siempre un corazón al servicio de otros. La pobreza es este tipo de desapego para servir a los necesitados, para servir a los otros.

Por lo tanto, una Iglesia pobre y para los pobres. Ya conté que, durante mi elección, tenía a mi lado, al Arzobispo emérito de San Pablo y también Prefecto Emérito de la Congregación para el Clero, el Cardenal Hummes. Cuando fui elegido Papa, él me dio un abrazo, me besó y me dijo: “¡No te olvides de los pobres!” Y en seguida, pensando a los pobres, me vino a la mente San Francisco de Asís. Y así me vino también al corazón el nombre: Francisco de Asís, el cual, según la tradición, fue diácono. Para mí, él es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que quiere y cuida la creación. Es el hombre que debe inspirar a los diáconos.

Durante las diversas etapas del camino diaconal en estos años, el Magisterio Pontificio ha dejado una huella a la vez aclaratoria y estimuladora con respecto a la fiel obediencia y a la alegría que deben acompañar la misión del diácono en la Iglesia y en el mundo de hoy, ampliando las directrices indicadas por el Concilio, su alcance y sus horizontes de acción.

Quienes trabajan para la promoción del ministerio diaconal y quienes lo ejercen, podrán encontrar, en las diversas obras del autor publicadas por la LEV y particularmente en los documentos recopilados en el Enchiridion, ideas interesantes para una mejor comprensión y para la profundización-incluso en el sentido pastoral- de la identidad y del papel de los diáconos permanentes en este tiempo que estamos viviendo.

El ministerio diaconal, por tanto, ha de ser visto, como parte integrante del trabajo realizado por el Concilio con el fin de preparar a la Iglesia, en su integralidad, para un renovado apostolado en el mundo de hoy. Los diáconos pueden ser definidos-y con razón-como pioneros de la nueva civilización del amor como le gustaba decir a Juan Pablo II. Es éste mi anhelo, mientras les deseo a todos una buena y fructuosa lectura.

Ciudad del Vaticano, el 31 de julio 2017  
Francisco

Leído el texto puedo destacar algunas de esas características:

1. El ministerio diaconal al amparo de la renovación eclesial del Concilio Vaticano II, los diáconos "pioneros de la nueva civilización del amor ". El diaconado recupera la razón de ser dentro de la Iglesia y en la sociedad como manifestación viva del servicio a Cristo y al mundo.
2. "El ministerio diaconal, por tanto, ha de ser visto, como parte integrante del trabajo realizado por el Concilio con el fin de preparar a la Iglesia, en su integralidad, para un renovado apostolado en el mundo de hoy. Los diáconos pueden ser definidos-y con razón-como pioneros de la nueva civilización del amor como le gustaba decir a Juan Pablo II".
3. El diaconado permanente como impulso vital en la Iglesia para manifestar la diaconía. El diaconado permanente supone una oportunidad para que la Iglesia pueda convertirse ella misma "en señal visible de a diaconía de Cristo Siervo en la historia de los hombres". Es ser promotores de una "conciencia diaconal" de las Comunidades.
4. Vincula el ministerio diaconal al ministerio apostólico, "habéis llegado a quedar asociados con Pedro y Juan y todos los Apóstoles".

5. El diaconado permanente y el cuidado vocacional, de esas vocaciones y de la oración por la vocación al diaconado y las demás vocaciones de la Iglesia.
6. La relación íntimamente del diaconado con estas tres palabras: Diaconía, Eucaristía y Pobres. Encomienda en este sentido a los diáconos la vivencia personal que movió la vida de San Francisco de Asís para poder vivir existencialmente la opción preferencial por los más empobrecidos en una Iglesia pobre y para los pobres.

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO I JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES**

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario

19 de noviembre de 2017

“No amemos de palabra sino con obras”

1. «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,18). Estas palabras del apóstol Juan expresan un imperativo que ningún cristiano puede ignorar. La seriedad con la que el «discípulo amado» ha transmitido hasta nuestros días el mandamiento de Jesús se hace más intensa debido al contraste que percibe entre las palabras vacías presentes a menudo en nuestros labios y los hechos concretos con los que tenemos que enfrentarnos. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres.

Por otro lado, el modo de amar del Hijo de Dios lo conocemos bien, y Juan lo recuerda con claridad. Se basa en dos pilares: Dios nos amó primero (cf. 1 Jn 4,10.19); y nos amó dando todo, incluso su propia vida (cf. 1 Jn 3,16).

Un amor así no puede quedar sin respuesta. Aunque se dio de manera unilateral, es decir, sin pedir nada a cambio, sin embargo, inflama de tal manera el corazón que cualquier persona se siente impulsada a corresponder, a pesar de sus limitaciones y pecados. Y esto es posible en la medida en que acogemos en nuestro corazón la gracia de Dios, su caridad misericordiosa, de tal manera que mueva nuestra voluntad e incluso nuestros afectos a amar a Dios mismo y al prójimo. Así, la misericordia que, por así decirlo, brota del corazón de la Trinidad puede llegar a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

2. «Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha» (Sal 34,7). La Iglesia desde siempre ha comprendido la importancia de esa invocación. Está muy atestiguada ya desde las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro pide que se elijan a siete hombres «llenos de espíritu y de sabiduría» (6,3) para que se encarguen de la asistencia a los pobres. Este es sin duda uno de los primeros signos con los que la comunidad cristiana se presentó en la escena del mundo: el servicio a los más pobres. Esto fue posible porque comprendió que la vida de los discípulos de Jesús se tenía que manifestar en una fraternidad y solidaridad que correspondiese a la enseñanza principal del Maestro, que proclamó a los pobres como bienaventurados y herederos del Reino de los cielos (cf. Mt 5,3).

«Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,45). Estas palabras muestran claramente la profunda preocupación de los primeros cristianos. El evangelista Lucas, el autor sagrado que más espacio ha dedicado a la misericordia, describe sin retórica la comunión de bienes en la primera comunidad. Con ello desea dirigirse a los creyentes de cualquier generación, y por lo tanto también a nosotros, para sostenernos en el testimonio y animarnos a actuar en favor de los más necesitados. El apóstol Santiago manifiesta esta misma enseñanza en su carta con igual convicción, utilizando palabras fuertes e incisivas: «Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que le aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre. Y sin embargo, ¿no son los ricos los que os tratan con despotismo y los que os arrastran a los tribunales? [...] ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: “Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago”, y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta» (2,5-6.14-17).

3. Ha habido ocasiones, sin embargo, en que los cristianos no han escuchado completamente este llamamiento, dejándose contaminar por la mentalidad mundana. Pero el Espíritu Santo no ha dejado de exhortarlos a fijar la mirada en lo esencial. Ha suscitado, en efecto, hombres y mujeres que de muchas maneras han dado su vida en

servicio de los pobres. Cuántas páginas de la historia, en estos dos mil años, han sido escritas por cristianos que, con toda sencillez y humildad, y con el generoso ingenio de la caridad, han servido a sus hermanos más pobres.

Entre ellos destaca el ejemplo de Francisco de Asís, al que han seguido muchos santos a lo largo de los siglos. Él no se conformó con abrazar y dar limosna a los leprosos, sino que decidió ir a Gubbio para estar con ellos. Él mismo vio en ese encuentro el punto de inflexión de su conversión: «Cuando vivía en el pecado me parecía algo muy amargo ver a los leprosos, y el mismo Señor me condujo entre ellos, y los traté con misericordia. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo» (Test 1-3; FF 110). Este testimonio muestra el poder transformador de la caridad y el estilo de vida de los cristianos.

No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, aunque son válidas y útiles para sensibilizarnos acerca de las necesidades de muchos hermanos y de las injusticias que a menudo las provocan, deberían introducirnos a un verdadero encuentro con los pobres y dar lugar a un compartir que se convierta en un estilo de vida. En efecto, la oración, el camino del discipulado y la conversión encuentran en la caridad, que se transforma en compartir, la prueba de su autenticidad evangélica. Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque se toca con la mano la carne de Cristo. Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que toquemos su cuerpo en el cuerpo llagado de los pobres, como confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo, partido en la sagrada liturgia, se deja encontrar por la caridad compartida en los rostros y en las personas de los hermanos y hermanas más débiles. Son siempre actuales las palabras del santo Obispo Crisóstomo: «Si queréis honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honréis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda, mientras que fuera del templo descuidáis a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez» (Hom. in Matthaëum, 50,3; PG 58).

Estamos llamados, por lo tanto, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el círculo de soledad. Su mano extendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma.

4. No olvidemos que para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo vocación para seguir a Jesús pobre. Es un caminar detrás de él y con él, un camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos (cf. Mt 5,3; Lc 6,20). La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. Es la pobreza, más bien, la que crea las condiciones para que nos hagamos cargo libremente de nuestras responsabilidades personales y sociales, a pesar de nuestras limitaciones, confiando en la cercanía de Dios y sostenidos por su gracia. La pobreza, así entendida, es la medida que permite valorar el uso adecuado de los bienes materiales, y también vivir los vínculos y los afectos de modo generoso y desprendido (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 25-45).

Sigamos, pues, el ejemplo de san Francisco, testigo de la auténtica pobreza. Él, precisamente porque mantuvo los ojos fijos en Cristo, fue capaz de reconocerlo y servirlo en los pobres. Si deseamos ofrecer nuestra aportación efectiva al cambio de la historia, generando un desarrollo real, es necesario que escuchemos el grito de los pobres y nos comprometamos a sacarlos de su situación de marginación. Al mismo tiempo, a los pobres que viven en nuestras ciudades y en nuestras comunidades les recuerdo que no pierdan el sentido de la pobreza evangélica que llevan impresa en su vida.

5. Conocemos la gran dificultad que surge en el mundo contemporáneo para identificar de forma clara la pobreza. Sin embargo, nos desafía todos los días con sus muchas caras marcadas por el dolor, la marginación, la opresión, la violencia, la tortura y el encarcelamiento, la guerra, la privación de la libertad y de la dignidad, por la ignorancia y el analfabetismo, por la emergencia sanitaria y la falta de trabajo, el tráfico de personas y la esclavitud, el exilio y la miseria, y por la migración forzada. La pobreza tiene el rostro de mujeres, hombres y niños explotados por viles intereses, pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero. Qué lista inacabable y cruel nos resulta cuando consideramos la pobreza como fruto de la injusticia social, la miseria moral, la codicia de unos pocos y la indiferencia generalizada.

Hoy en día, desafortunadamente, mientras emerge cada vez más la riqueza descarada que se acumula en las manos de unos pocos privilegiados, con frecuencia acompañada de la ilegalidad y la explotación ofensiva de la dignidad humana, escandaliza la propagación de la pobreza en grandes sectores de la sociedad entera. Ante este escenario, no se puede permanecer inactivos, ni tampoco resignados. A la pobreza que inhibe el espíritu de iniciativa de muchos jóvenes, impidiéndoles encontrar un trabajo; a la pobreza que adormece el sentido de responsabilidad e induce a preferir la delegación y la búsqueda de favoritismos; a la pobreza que envenena las fuentes de la participación y reduce los espacios de la profesionalidad, humillando de este modo el mérito de quien trabaja y produce; a todo esto se debe responder con una nueva visión de la vida y de la sociedad.

Todos estos pobres —como solía decir el beato Pablo VI— pertenecen a la Iglesia por «derecho evangélico» (Discurso en la apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, 29 septiembre 1963) y obligan a la opción fundamental por ellos. Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.

6. Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la Jornada Mundial de los Pobres, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. Quisiera que, a las demás Jornadas mundiales establecidas por mis predecesores, que son ya una tradición en la vida de nuestras comunidades, se añada esta, que aporta un elemento delicadamente evangélico y que completa a todas en su conjunto, es decir, la predilección de Jesús por los pobres.

Invito a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad. Son nuestros hermanos y hermanas, creados y amados por el Padre celestial. Esta Jornada tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres a través de cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad. Dios creó el cielo y la tierra para todos; son los hombres, por desgracia, quienes han levantado fronteras, muros y vallas, traicionando el don original destinado a la humanidad sin exclusión alguna.

7. Es mi deseo que las comunidades cristianas, en la semana anterior a la Jornada Mundial de los Pobres, que este año será el 19 de noviembre, Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario, se comprometan a organizar diversos momentos de encuentro y de amistad, de solidaridad y de ayuda concreta. Podrán invitar a los pobres y a los voluntarios a participar juntos en la Eucaristía de ese domingo, de tal modo que se manifieste con más autenticidad la celebración de la Solemnidad de Cristo Rey del universo, el domingo siguiente. De hecho, la realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre, desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del amor de Dios. Su completo abandono al Padre expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor, que lo resucita a nueva vida el día de Pascua.

En ese domingo, si en nuestro vecindario viven pobres que solicitan protección y ayuda, acerquémonos a ellos: será el momento propicio para encontrar al Dios que buscamos. De acuerdo con la enseñanza de la Escritura (cf. Gn 18, 3-5; Hb 13,2), sentémoslos a nuestra mesa como invitados de honor; podrán ser maestros que nos ayuden a vivir la fe de manera más coherente. Con su confianza y disposición a dejarse ayudar, nos muestran de modo sobrio, y con frecuencia alegre, lo importante que es vivir con lo esencial y abandonarse a la providencia del Padre.

8. El fundamento de las diversas iniciativas concretas que se llevarán a cabo durante esta Jornada será siempre la oración. No hay que olvidar que el Padre nuestro es la oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida. Todo lo que Jesús nos enseñó con esta oración manifiesta y recoge el grito de quien sufre a causa de la precariedad de la existencia y de la falta de lo necesario. A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de los pobres que recurren al único Padre en el que todos se reconocen como hermanos. El Padre nuestro es una oración que se dice en plural: el pan que se pide es «nuestro», y esto implica comunión, preocupación y responsabilidad común.

En esta oración todos reconocemos la necesidad de superar cualquier forma de egoísmo para entrar en la alegría de la mutua aceptación.

9. Pido a los hermanos obispos, a los sacerdotes, a los diáconos —que tienen por vocación la misión de ayudar a los pobres—, a las personas consagradas, a las asociaciones, a los movimientos y al amplio mundo del voluntariado que se comprometan para que con esta Jornada Mundial de los Pobres se establezca una tradición que sea una contribución concreta a la evangelización en el mundo contemporáneo.

Que esta nueva Jornada Mundial se convierta para nuestra conciencia creyente en un fuerte llamamiento, de modo que estemos cada vez más convencidos de que compartir con los pobres nos permite entender el Evangelio en su verdad más profunda. Los pobres no son un problema, sino un recurso al cual acudir para acoger y vivir la esencia del Evangelio.

*Vaticano, 13 de junio de 2017  
Memoria de San Antonio de Padua*

Para la meditación personal:

1. Hacer “Memoria” del paso de Dios en mi historia personal de salvación me hace responsable del cuidado del “Otro” y de los “otros”. Es tomar conciencia de esa permanente necesidad de Dios y del asumir mi identidad como “Cristo Siervo”. ¿Cómo hacer una lectura transversal de esa identidad diaconal que me hace responsable de manifestar la esperanza del paso de Dios en las situaciones complejas de la vida?
2. ¿Qué sentido tendría, haciendo una lectura de fe, la relación íntima entre Diaconía, Eucaristía y Pobres en esa configuración como Evangelizador y Siervo?